otras que podeis ir á los bailes de *La Estrella Madrileña.*

¿Creeis que son una misma cosa?

Pues bien, transijamos tambien en este punto.

Son una misma cosa, pero á la vez son todo lo contrario.

Son dos bailes de máscaras enemigos, dos negocios opuestos, dos empresas rivales.

Son el anverso y el reverso de una misma medalla.

Convenid, pues, en que concurrir á unos ó á otros es cosa distinta, y yo convendré en que es la misma cosa.

¿Qué mas necesitais saber?

EUROPA, AFRICA Y AMERICA.

Me atrevo á asegurar que hay la misma distancia de Lóndres á la Argelia, que de la Argelia á los Estados-Unidos; ó de otra manera, que de la Argelia á New-York y á Lóndres no hay mas que un paso.

¿De dónde he sacado yo este disparate geográfico?

Veamos.

Se me ha ocurrido ante la historia auténtica de unos cuantos hechos confirma-

dos por el testimonio de todos los periódicos que llegan de Paris, de Lóndres, de New-York.

Hablan los periódicos franceses, y vienen á decirnos poco más ó menos lo que sigue:

«¡Qué horror! el hambre hace terribles estragos en las desoladas comarcas de la Argelia; para dar á los niños que caen desfallecidos en los campos, en los caminos y en las calles algun auxilio, hay que encerrarlos, porque de otro modo los hombres y las mujeres, sus propios padres, sus propias madres y sus mismos hermanos, les arrebatarian el puñado de habas secas que se les da una vez al dia para todo alimento.»

Y añaden todos:

«El hambre, obrando sobre ese pueblo inculto y salvaje, parece que se empeña en romper los vínculos mas poderosos de

la naturaleza: la ferocidad ha llegado á los últimos límites.»

Este es el cuadro: hé aquí el hecho.

Dos mujeres hambrientas, devoradas por la fiebre que esa terrible necesidad enciende, se encuentran frente á frente; cada una de ellas tiene en sus brazos á un niño, porque las dos son madres.

Se encuentran y se miran, y poseidas de la misma locura, dominadas por el mismo delirio, conciben á la vez un mismo pensamiento.

La una, adelantándose de repente, dice: «Comámonos á tu hijo.»

La otra retrocede de un salto y grita: «No, al tuyo.»

Y ambas se quedan inmóviles con la mirada fija una en otra, como dos panteras antes de acometerse.

La primera se resuelve al fin y propo-

ne un nuevo recurso, diciendo: «Comámonos á los dos;» y la segunda acepta.

Pero la dificultad vencida surgió de nuevo: ¿qué niño debia ser el primero? Ninguna de las dos madres queria que fuera el suyo.

Entonces echaron suertes, y la suerte designó la primera víctima, y la primera víctima fué devorada.

Se trataba de sacrificar la segunda víctima; pero sin duda alguna la naturaleza indignada hizo un esfuerzo supremo, porque la madre del niño que aún vivia, cogió á su hijo, lo cubrió con su cuerpo, y con mirada frenética y ademan terrible, rugió desesperada: «Mi hijo no muere;» y salvó á su hijo.

Tal es el hecho mas bárbaro que ha producido en las salvajes comarcas de la Argelia la ferocidad del hambre, en los tiempos presentes.

Para mitigar el horror que semejante escena nos inspira, debemos volver los ojos hácia ese punto luminoso que brilla detrás de los mares con todos los rayos del nuevo sol que conocemos con el nombre de civilizacion moderna.

Dejemos la barbarie de Africa y tomemos la cultura de América: de la Argelia conquistada pasemos á los Estados-Unidos conquistadores: el moro es estúpido, el yankee es ilustrado.

Aquí todo es miseria, allí todo es oro; la diferencia es inmensa, es la que existe entre el hambre y la sed.

El Cronista de Nueva-York, para que comprendamos todo el valor del hecho que va á referirnos, nos explica la costumbre en que, digámoslo así, se funda el suceso cuyo relato vamos á escuchar.

Hace ya algun tiempo que hay allí la costumbre—así la llama *El Cronista de*

New-York—de asegurar las casas por un valor triple del verdadero, incendiándolas despues, con cuyo sistema se han enriquecido muchos.

Admirable sistema de alumbrado, digno sin duda alguna del siglo de las luces, y cuyas chispas es muy posible que hayan puesto muchas veces en movimiento las bombas de Madrid.

Por lo que principalmente se conoce la índole moral de un pueblo es por sus costumbres, y como hemos visto,, asegurar las casas por un valor rres veces mayor que su valor verdadero é incendiarlas despues, es en los Estados-Unidos una costumbre; esto es, la cosa más natural del mundo.

Pero no todos encuentran á mano una casa que asegurar, y en este caso deberian encontrarse José y Josefina Brown,

tiernos esposos que, no teniendo una casa, tenian ¡oh consuelo! una ahijada.

El yankee posee la singularísima cualidad de ver dinero en el fondo de todas las cosas, y los esposos Brown vieron, con ávida perspicacia, una fortuna en el fondo misterioso de la vida de Angelina Stewart.

Y claro está, siendo un tesoro esta vida, trataron de asegurarla; y lo que es más natural todavía, trataron de asegurarla por una gran suma, porque aquella vida valia mucho para ellos, y la aseguraron por ochenta y cinco mil pesos.

Pero hé aquí lo que son las cosas: desde el momento en que Angelina Stewart se encontró con la vida asegurada, ya no tuvo hora segura, y fué asesinada en Nueva Jersey.

Los esposos Brown hundieron el puñal en el corazon de Angelina Stewart, como se mete la mano en un bolsillo.

Para ellos la pobre niña era una gaveta dentro de la que habia ochenta y cinco mil duros, y el puñal era la única llave con que se podia abrir aquella gaveta.

Y, claro está, la abrieron.

Tenian sed de oro, y bebieron la sangre de su ahijada.

¿Qué distancia hay entre las mujeres de la Argelia y los esposos Brown?

Ninguna.

Pero ¡ah! volvamos á Europa: delante de ella marcha la culta Inglaterra.

El inglés se destaca en medio del humo que ennegrece á Lóndres, blanco como la nieve y rubio como el oro.

Si en los Estados-Unidos se entienden los hombres por pesos, en Inglaterra se entienden por libras.

En España un *inglés* es una deuda, pero en Inglaterra un inglés es dinero.

No son allí los rios de leche, ni las ca-

sas de azúcar, como en la antigua Jáuja; pero allí el tiempo es oro.

El sol avergonzado por los resplandores de aquella grandeza, pasa sin dejarse ver, y la niebla rodea á la ciudad de Lóndres como una madre abraza á su hija.

Sobre aquel horizonte velado por la densa cortina de una niebla eterna, aparece de vez en cuando un sol triste, sin rayos, un sol apagado que las gentes miran como los restos de una antigüedad.

Al viajero se lo enseñan como el recuerdo muerto de una grandeza pasada, como creo yo que se enseñarán á las caravanas abrasadas por el sol del desierto, las monstruosas pirámides de Egipto ó las solitarias ruinas de la soberbia Babilonia.

Esa gran ciudad donde el sol se ve como una curiosidad arqueológica, como un resto de la civilizacion moderna, como un

objeto de museo, es la gran ciudad de Lóndres.

No tengo noticia de que haya sobre la haz de la tierra, otra ciudad á la que el sol no alumbre.

Lóndres es la ciudad de las sombras.

Pues, sin embargo, de esa ciudad parten todos los rayos que iluminan al siglo.

Ella es el centro luminoso de la civilizacion moderna.

Inglaterra es un astro que brilla con luz propia: no le debe nada ni al sol ni al cielo.

Por eso, sin duda, es un pueblo tan humano.

Allí todo se hace y allí todo se vende.

Volvamos, pues, los ojos á ese centro de poder, de civilizacion y de grandeza; mirémosle con la mirada más atónita de nuestra admiracion más profunda; doblemos la cabeza, deslumbrados por el es-

plendor de su civilizacion inaudita, y recojamos con envidia de sus grandes periódicos estos datos monumentales.

María Maning, hé ahí una inglesa; es jóven, y debemos suponer que será rubia; además, es casada, lo cual deja entender que podia muy bien ser madre.

Todas estas circunstancias importan mucho.

María Maning tiene una vecina, y esta vecina tiene una hija de diez meses.

María Maning cree por lo visto que las vecinas no deben tener hijas, y coge á la niña y la quema viva.

Semejante ejemplo no podia quedar sin imitacion.

El amor propio tiene en las mujeres un poder irresistible; y en las inglesas ese resorte debe ser más poderoso todavía, porque allí todo se fabrica con más perfeccion.

Lo que hace una jóven casada, bien puede hacerlo una vieja viuda.

Detrás de una inglesa hay siempre otra.

Detrás de María Maning hay otra María Maning.

Si la primera es jóven, la segunda tiene setenta y tres años, y le lleva naturalmente la superioridad de la experiencia.

Si aquella quema viva á una niña de diez meses, ésta quita la vida á un niño de cuatro años en medio de horribles martirios.

Es la honrosa competencia de una noble emulacion.

Cualquier pueblo del mundo puede tener una María Maning, pero Lóndres tiene dos.

Y no se crea que la una ha nacido de la otra; entre ellas no hay más lazo comun que el de ser inglesas, y sin embargo, parecen hijas de una misma madre,

pero no son más que hijas de una misma sociedad.

Pero allí todo es grande, y dos María Maning son poco para el orgullo inglés, humillado sin duda en esta ocasion por los esposos Brown y por las madres de la Argelia.

Era preciso más; era preciso levantar la mano á una altura considerable y escribir con carbon de piedra: «Aquí llegó Inglaterra.»

Y allí lo que es preciso es, sea lo que quiera: é inmediatamente surgieron del fondo de aquella sociedad otras dos Marías Maning.

Otras dos piezas construidas en la misma fábrica.

La una asesina á un niño, la otra asesina á otro, y una de estas dos lo ejecuta abrasándolo.

Recopilemos:

En la Argelia una mujer se come á su hijo porque tiene hambre.

En Nueva-York, los esposos Brown asesinan á su ahijada porque quieren dinero.

En Lóndres, cuatro mujeres asesinan á cuatro niños, porque Inglaterra, que va á la cabeza de la civilizacion de Europa, no habia de ser menos que la Argelia, que va á la cabeza de la civilizacion de Africa, ni menos que los Estados-Unidos, que van á la cabeza de la civilizacion de América.

Aplicando esta historia á la geografía, se puede preguntar:

¿Qué distancia hay de la Argelia á los Estados-Unidos y á Inglaterra?

Y se puede contestar:

Ninguna.

El Africa empieza en New-York y acaba en Lóndres.

LONDRES, PARIS, MADRID.

No hay soledad semejante á esa soledad que el hombre encuentra en medio de las grandes multitudes, porque nunca está más solo que cuando los demás no le dejan estar consigo mismo.

Se encuentra á sí propio siempre que se busca, excepto cuando se pierde en el confuso laberinto de la muchedumbre, y por eso en el agitado tumulto de las grandes poblaciones es donde está menos acom-